

pensar sino en la perfeccion de las máquinas, para suplir con ventajas la fuerza del hombre. Mas trátase de mover á este mismo, de impulsar en un sentido dado á los seres inteligentes y libres: empresa gigantesca en verdad, y realizable únicamente por el desarrollo de la fuerza mas poderosa que se haya conocido en la tierra. Si imagináis vencer la voluntad humana con la aplicacion física de un aparato material, vuestra tentativa será inútil y aun tocará en el ridículo: la fuerza material hace víctimas; pero nunca produce convicciones ni movimientos espontáneos. Si pues la fuerza debe ser proporcionada en todo sentido á la resistencia, visto es que no se triunfa de la voluntad humana sino abriéndose paso por la razon, que siempre la mueve, ya suscribiendo á las pasiones, ya enfrenando sus ímpetus. Trátase, lo repetimos, de dar á la persuacion un reino y un destino, de constituir definitivamente esa sociedad terrena y celestial á un tiempo mismo, en que figuran la razon y la fe, la voluntad y la gracia, ya como rivales, ya como seres que unidos y subordinados en su esfera, mantienen y fecundan sus relaciones íntimas, sirviéndose del oido como de un conducto, y empleando la palabra como un ministerio. La elocuencia, considerada en sí, tiende al convencimiento y camina por el sendero de la razon: su genio es tan antiguo como el hombre, sus vicisitudes han andado siempre por la carrera del corazon humano, y su historia no era nueva, todo el mundo lo sabe, cuando Jesus procedió á constituir la en el sentido de que se trata. Mas esta historia no era mas que la historia de la palabra humana, y la elocuencia religiosa no es la palabra humana. Notorio tambien es, y de ello dan un testimonio completo los libros santos, que Dios se habia dignado hablar á los hombres. Este lenguaje tenia pues una historia; mas era la historia de la palabra divina, y la elocuencia sagrada no es solo palabra divina. En los discursos del sacerdote católico no habla solo el hombre; sino Dios por el hombre y el hombre en Dios. La elocuencia sagrada es siempre la palabra; mas la palabra en su robustez, en su edad madura, en su perfeccion definitiva, en su plenitud filosófica, social, histórica y religiosa al mismo tiempo: es la palabra; mas la palabra constituida, la palabra dominando todas las relaciones de la inteligencia y del cora-

zon, la palabra admitida en el cielo y en la tierra; es, como si dijéramos, para suplir de algun modo la insuficiencia de nuestros limitados idiomas, la encarnacion del *verbo* divino en el *verbo* humano; es la inmensa expresion de Dios, del hombre, de sus relaciones, de su historia, de su naturaleza y de sus destinos; es la palabra que no tiene dimensiones conocidas, es como la palanca de Arquímedes, si queréis, pero felizmente realizada é infinitamente excedida, puesto que mueve dos mundos, obrando junta y soberanamente sobre el tiempo y sobre la eternidad: porque tanto quiere decir elocuencia sagrada como palabra católica, y esta quiere decir tanto como universalidad en su mas grande plenitud.

¿Qué se necesitaba pues, para plantar semejante institucion en la tierra? Un predominio incuestionable sobre todo, la influencia directa de Dios; y por tanto, el empleo de un sistema de medios que traspasara con mucho la órbita de la posibilidad humana. He aquí porqué Jesucristo comenzó anunciando su poder sobre los cielos y la tierra, cuando ya quiso trasmitir á sus apóstoles el derecho de hablar en su nombre á todo el mundo. *Data est mihi omnis potestas in celo et in terra.*

¿Qué resta ya? Manifiesto su poder, solo se trata de que indique su voluntad: porque si le ha sido concedido todo poder en el cielo y en la tierra, puede sin duda alguna todo lo que quiere. Para fijar pues el carácter histórico de la mision que nos ocupa, poniendo fuera de toda disputa su existencia y su constitucion esencial, basta sin duda inquirir á este propósito la voluntad soberana de Jesucristo. Esta voluntad se manifiesta mui altamente en las palabras que pronuncia tan luego como acaba de hacer una declaracion tan solemne de su poder omnímodo sobre los cielos y la tierra. Su transicion, rigurosamente lógica, nos convence del enlace íntimo que tendrán por todos los siglos con su poder divino la autoridad del predicador y los efectos de la elocuencia religiosa. Sírvese por lo mismo de una palabra empleada unánimemente como la expresion del vínculo que media entre los principios y sus consecuencias lógicas; sírvese de la palabra *pues* correspondiente al *ergo* latino: *Euntes, ERGO, docete omnes gentes &c.* como si dijese: "Arbitro soi en los cielos y en la tierra, porque otorgado me ha sido todo

poder: Id, *pues*, recorred todo el universo, llevad vuestros pasos por todos los climas habitados, y enseñad á todas las naciones, bautizándolas en nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo." He aquí la mision del orador sagrado, la constitucion eclesiástica de la elocuencia, la consagracion de la palabra del hombre por la palabra de Dios, el vasto imperio de la razon y de la voluntad gobernado por la fe y por la gracia mediante el ministerio católico: ministerio de palabra, porque la fe entra por el oido, como dice San Pablo; ministerio de palabra, porque la gracia comunicada por el empleo exterior de la materia se formula en las palabras del ministro; ministerio de palabra, porque sin ella no existe comercio entre el arrepentimiento y el poder para perdonar, y este poder es una condicion esencial en la Iglesia para crear la inocencia por la aplicacion del bautismo, ó restaurarla por el ejercicio del ministerio que representa en la tierra la accion de la misericordia divina.

Tal es la mision de la elocuencia. De esta manera la hemos visto descender de los cielos: réstanos ahora observar la noble magestad con que abre su marcha, y cómo se enseña de todos los elementos de accion que ofrecerla puede toda la humanidad, estudiar el grande objeto con que ha sido instituida, calcular sus efectos, descubrir las garantías del noble primado que ejerce en cuanto pertenece al dominio de la palabra, y computar, si es posible, la duracion de su influjo sobre los destinos del género humano. Como el reino de Jesucristo, la elocuencia sagrada no es de este mundo, pero aquí tiene trazada por el eterno Geómetra la esfera de su accion, aquí desenvuelve su poder, aquí realiza sus magníficos planes de felicidad, sometiendo á la fe la razon de los sabios, é inclinando bajo el yugo de la lei divina la osada frente de los potentados de la tierra. Precisemos pues nuestras ideas acerca de la accion de la elocuencia evangélica sobre la pauta de estos grandes objetos, pues que nada ménos se necesita, para formarnos una idea mas universal y grandiosa de la mision sublime de la palabra santa.

IV.

La elocuencia sagrada, lo mismo que la profana, tiene por

blanco el corazon humano; mas obra con fuerzas, en direcciones y sentido mui diversos al desarrollar toda su accion. La elocuencia del hombre domina, es cierto, la voluntad; pero aliándose siempre con las pasiones: su táctica bastante conocida, es triunfar de unos intereses con otros, de unas esperanzas con otras, de unos sentimientos con otros: mas las armas se fabrican de ordinario en el arsenal del corazon, y las fuerzas contendientes son siempre de la tierra. No así la elocuencia sagrada. Atrevida tanto como excelsa, rige las pasiones sin aliarse con ellas, subyuga los sentimientos, sin lisongear las inclinaciones culpables: viva, eficaz, penetrante mas que una espada de dos filos, se abre camino por entre los mas recónditos arcanos del alma, por entre los senos mas inaccesibles del corazon, hácia las profundidades de las miras y de los pensamientos: gana victorias enriqueciendo á los vencidos con todos los despojos de la guerra; y todo esto sin producir el dolor, y ántes bien, empleando siempre aquella inefable dulzura, aquella fuerza de insinuacion irresistible tan enérgicamente descrita por el Apóstol (1).

La palabra *abnegacion*, esa palabra que puede considerarse como la enseña de la moral cristiana, y que tantas veces ha helado la sarcástica risa en los labios del mundo; esa palabra que rinde la voluntad á la lei eterna, que humilla la inteligencia delante de la fe, y que hace andar á la humanidad por la carrera del sacrificio: esa palabra que en su inflexible severidad ni tiene concesiones mas que para la virtud, ni promesas mas que para la inocencia ó el arrepentimiento, ni dicha verdadera sino para las lágrimas y la tribulacion: esa palabra que desconcierta la inteligencia, humillando las teorías ante el cuadro vivo de los héroes cristianos; que parece esparcir el terror sobre la misma naturaleza, sometiendo sus movimientos mas expansivos á la importante severidad de la moral católica: he aquí lo que la elocuencia sagrada exige siempre del corazon del hombre. Nada reconoce grande fuera de Dios; y cuando el entusiasmo de la gloria mundana tiende á relajar sus derechos, ella abre los sepulcros ante los pueblos y los

(1) Vivus est enim sermo Dei, et efficac, et penetrabilior omni gladio ancipiti: et pertigens usque ad divisionem animæ ac spiritus compagum quoque ac medullarum, et discretor cogitationum, et intentionum cordis.—*Epist. ad Hebr. cap. IV, v. 12.*

reyes, y nubla la frente de los espectadores al descorrer en su presencia el inevitable término de todas las grandezas humanas. Exáltase, como para menguar sus títulos, al vasallaje de la razón, el poder de la razón misma con el brillo del talento, los progresos de las ciencias y de las letras, la antigua y vasta carrera de los descubrimientos; mas ella entonces retirando los límites del horizonte y haciendo pasar la revista por esas mil vicisitudes con que aparece la inteligencia en el curso de los siglos, amontonando esos escombros, digámoslo así, donde se revuelven confundidos y olvidados los partos momentáneamente célebres, y las teorías pasajera-mente famosas, y los descubrimientos fugitivamente admirados, fija en Dios el asiento de la verdad, reconcentra en las virtudes los atributos de la sabiduría, y hace caer ante su símbolo todos los prestigios de la imaginación y todas las creaciones del genio. *Lo que no está conmigo es contra mí:* dice, y la historia del entendimiento humano viene á franqueársela toda para rendirla iguales pruebas con las épocas de decadencia y las épocas de progreso, con los tiempos oscuros y los mas brillantes siglos. Porque ella ha probado constantemente, que el principio católico de donde parte es "luz cuando preside á las nobles tareas de la razón humana, y sentimiento cuando se asocia á las conmociones mas íntimas del corazón;" (1) que la verdad está en ella, porque Dios es el autor de la verdad; que la fe no desconcierta sino dirige la razón, y por último, que el poder de vencerse á sí mismo en pro de la verdadera felicidad no tiende á destruir sino á robustecer, afirmar y engrandecer el vigor del carácter. En suma, la elocuencia profana obra sobre la voluntad y la inteligencia contando con ella misma; la elocuencia sagrada obra sobre la voluntad y la inteligencia contando con Dios y con el hombre. ¿Queréis apreciar las dimensiones de su esfera en el orden de la inteligencia? Buscad sus límites en la extensión inmensa que le presentan por una parte los dogmas y las ciencias, por otra parte la revelación y el discurso, y por último la razón y la fe. ¿Queréis computar su movimiento en la vasta carrera de la conducta? Apreciad la fuerza motriz que se halla toda en la

(1) Chateaubriand.

naturaleza y la gracia. Tal es la esfera de acción de la elocuencia evangélica: el hombre con su naturaleza, el mundo con su historia, la humanidad con sus destinos, la Providencia con su plan, la Iglesia con su autoridad, Dios con su poder: nobles y sublimes atributos recogidos en estas preciosas palabras: *Enseñad á todas las naciones, bautizándolas en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo.*

Si quisiéramos reducirnos á una sola palabra, diríamos que el objeto de la elocuencia es el *hombre*; pero habiéndolo dicho todo, no habríamos explicado nada: porque el hombre es también objeto de las ciencias, de las artes y de la legislación. Innecesarias para Dios, y dirigidas á la inteligencia, jamás hubieran salido estas de la nada sin el hombre, y volverían á la muerte sin el hombre. Ciencia es *verdad comprendida*, y no *verdad esencial*; y por lo mismo nuestro concepto es exactísimo, pues que subsiste con total independencia de la existencia y condiciones inmortales de la verdad. Dirémos pues, que el objeto de la elocuencia sagrada es el hombre; pero el hombre con las vicisitudes de su historia, las contradicciones de su naturaleza, y la inmortalidad de sus destinos; el hombre criado para el cielo y arrastrado constantemente á la tierra, formado para la virtud y humillado por los vicios, colocado bajo la lei y extraviado de esta carrera por las pasiones: el hombre alternando siempre entre las sombras y la luz, entre los errores y la verdad; el hombre resignando su grandeza con su fe, y empañando su estirpe con su orgullo; el hombre por último, colocado entre Dios y su voluntad corrompida, impelido por mil fuerzas contradictorias, y presentando siempre sus dos faces en la grandeza de sus destinos y en la miseria de su condición presente. El hombre así considerado es el hombre moral, el hombre en acción, y su corazón en último análisis la inmensa masa que debe agitar y mover constantemente la palabra del orador evangélico. Obra pues la elocuencia sagrada sobre la inteligencia, la libertad y la voluntad humana, con la fe, con la gracia y con la lei: la fe representada en la doctrina, la gracia en el bautismo y los sacramentos, la lei general en el precepto impuesto por aquel que estableció en la tierra esa misión divina. El objeto intelectual del orador sagrado está manifiesto en la primera cláusula de su diploma evangélico: